

“¡NO TEMAS, PEQUEÑO REBAÑO!”

(Luc 12, 32)



Carta n. 10
A los hermanos en formación

Ilustración de portada: “La Ascensión”, icono de la Comunidad de Bose (Italia)

“¡NO TEMAS, PEQUEÑO REBAÑO!”

(Luc 12, 32)

Carta n. 10
A los hermanos en formación

A los hermanos en formación

Queridos hermanos,

La pandemia de la COVID-19 nos obliga a permanecer cada uno en su país y en su comunidad. Lo más abrumador, para hombres solidarios con nuestra suerte común, es ver que el número de víctimas en todo el mundo sigue aumentando desde el comienzo de la ola epidémica. Los muertos suman ya más de 3 millones en todo el mundo y el número de enfermos sigue siendo muy alto. La vacunación es una esperanza real, pero ¿quién se vacunará? Probablemente los más ricos, los que tienen la suerte de vivir en los países más prósperos; pero, y los demás ¿qué será de ellos? La pandemia está cambiando nuestra forma de ver el mundo, y algunas prioridades que habíamos establecido como certezas absolutas se tambalean. Luego tenemos también los problemas de inseguridad que afectan a nuestras comunidades de Kivu Norte sobre todo, pero también a la de Uagadugú, y a Burkina Faso. El peligro de sufrir alguna extorsión es permanente y perturba la vida cotidiana. Pandemia e inseguridad son dos aspectos que afectan a algunas de nuestras casas de formación. En este contexto, hay que prestar atención muy seriamente al llamamiento del Papa Francisco pidiendo a todo hombre de buena voluntad que contribuya al surgimiento de un mundo mejor.

Hoy me dirijo principalmente a los hermanos en formación, pero espero que la lectura de esta carta resulte provechosa para cualquiera de la congregación.

Yo antes, en mis visitas canónicas, solía entrar en contacto con vosotros y hablábamos. Así podía descubrir vuestras alegrías y deseos y comprender vuestras preguntas, incluso vuestras dudas sobre el futuro de la Iglesia, de la vida religiosa y del mundo. Venir a hablaros ahora es una forma de expresar mi solidaridad con lo que estáis viviendo. Las clases dejan de ser presenciales en

muchos casos, y se imparten por internet. El intercambio de ideas y los debates se han reducido por las medidas de confinamiento. Formarse para la vida religiosa apostólica en este contexto es un verdadero desafío. Y, sin embargo, podemos sacar partido de esta situación de restricciones para fortalecer aquellos fundamentos que hacen de nosotros hombres nuevos bajo la dinámica del Espíritu Santo.

Con esta carta, deseo fortalecer vuestra esperanza y animaros a seguir adelante. Para ello, observaremos la realidad tal como es, para poder responder mejor a los retos que se nos plantean.

Prestar atención a nuestro tiempo

La incertidumbre del mañana

San Agustín, en las Confesiones, hace una hermosa meditación sobre el tiempo. En el libro XI, nos recuerda que sólo hay una realidad que nos concierne: «el presente del pasado, el presente del presente, el presente del futuro». Nos encontramos pues en el presente, y es ahora cuando debemos vivir plenamente la gracia del Reino de Dios. Es normal, en esta crisis sanitaria, que vivamos con cierto miedo. ¿Cómo será el mañana? ¿Tenemos un futuro en esta tierra herida y enferma por el despilfarro de los recursos naturales (agua, aire, tierra)? Y muchas preguntas también sobre el futuro de la Iglesia. La crisis actual, que ha salido a la luz sobre todo con el tema de los abusos espirituales y sexuales, ha desestabilizado profundamente a muchos creyentes. Los indicadores sociológicos sobre la credibilidad de la Iglesia son preocupantes. ¿Sigue siendo relevante la Iglesia? El futuro está abierto, y digo esto precisamente a impulso de nuestra fe cristiana. Nada hay que sea irremediable y sin esperanza. Sólo podremos actuar sobre el mundo, y transformarlo según el plan

de Dios, en la medida en que estemos comprometidos con nuestro tiempo, con el presente. La libertad se nos da para que podamos orientar las cosas hacia un mundo mejor. El pecado estaría en la resignación y el fatalismo. ¿Para qué actuar, dicen algunos, si el mundo está condenado a la ruina? No, el futuro es posible. De nosotros depende mantenerlo abierto. Con Cristo, afirmamos que la salvación ya se nos ha dado.

El triunfo de la secularización

Vivimos ciertamente en un contexto de secularización en las sociedades y en los comportamientos. Occidente se encuentra ya en una fase avanzada de secularización, pero sería ilusorio creer que ésta no llega al resto del mundo. En las sociedades más tradicionales de África y Asia aparecen ya los primeros signos de cambio. Como dijo Dietrich Bonhoeffer hace más de 80 años, el mundo se comporta como si Dios no existiera: *Etsi Deus non daretur*.

“No podemos ser honestos sin reconocer que hemos de vivir en el mundo ‘etsi deus non daretur’ (...). Así nuestro acceso a la mayoría de edad nos lleva a un veraz reconocimiento de nuestra situación ante Dios. Dios nos hace saber que hemos de vivir como hombres que logran vivir sin Dios. ¡El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona (Mc 15,34)! El Dios que nos hace vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo Dios, es el Dios ante el cual nos hallamos constantemente. Ante Dios y con Dios vivimos sin Dios. Dios, clavado en la cruz, permite que lo echen del mundo. Dios es impotente y débil en el mundo, y precisamente sólo así está Dios con nosotros y nos ayuda¹”.

¹ Dietrich BONHÖFFER, « Résistance et soumission » (“Resistencia y sumisión”), Labor et Fides, 1973, pp.366-367.

Con esta declaración Dietrich Bonhoeffer no estaba firmando una “muerte de Dios” cualquiera, como había hecho Friedrich Nietzsche unas décadas antes. Estaba diciendo que el mundo “ya adulto” podía prescindir de esa hipótesis, “Dios”, para encontrar respuestas a las preguntas relativas al universo. Pero la firme afirmación de Bonhoeffer es que el hombre sigue “estando permanentemente ante Dios”. La fe sigue siendo posible para el hombre maduro, pero su fe debe ser también madura y responsable. Dios está siempre con nosotros.

El joven religioso de hoy debe aprender a vivir “ante Dios” con la convicción de que Dios nunca le abandonará. Pero debe aceptar a un mundo que ya no cree espontáneamente. La fe adulta es nuestro horizonte para ser auténticos apóstoles del Evangelio. Vista así, la secularización puede aparecer como una oportunidad para la fe: una fe adulta, activa, que es fuerza de transformación del universo como lo fue en el pasado y lo sigue siendo hoy si hay hombres y mujeres que acepten consagrarle toda su vida. El religioso es este hombre nuevo que lo apuesta todo por Cristo, “camino, vida y verdad”.

De hecho, la constatación de la rápida progresión de la secularización en nuestras sociedades no debe sumirnos en un abismo de perplejidad ni paralizarnos para actuar. Mirar a la realidad es no tener miedo a actuar. Hay que comprender los hechos y reflexionar sobre cómo seguir evangelizando. Probablemente hay oportunidades para proclamar de forma nueva la liberación en Jesucristo, la Buena Noticia para todos los hombres y mujeres de este tiempo.

Abandonar el sueño de una comunidad perfecta

Me inspiro una vez más en la riqueza de pensamiento del teólogo Dietrich Bonhoeffer. Él vivió la experiencia comunitaria en

el seno de la Iglesia confesante de Alemania. Para liberarse del modelo institucional de las Iglesias protestantes comprometidas cuando el ascenso del nazismo, eligió vivir en una comunidad laica. Bonhoeffer insiste en la necesidad de no idealizar la comunidad. Nos recuerda, muy oportunamente, que “la fraternidad cristiana no es un ideal humano, sino una realidad dada por Dios”. Por tanto, debemos aprender a des-idealizar a la comunidad para ver en ella una realidad en la que se vive la decepción en determinados momentos. “Para que Dios pueda darnos a conocer la auténtica comunidad cristiana, hay que estar incluso decepcionados, decepcionados de los demás, decepcionados de nosotros mismos”. Este lenguaje es un poco abrasivo, reconozcámoslo, pero nos permite redescubrir el sentido común del Evangelio en el que entran en juego el perdón y la reconciliación. “Por eso, sólo la comunidad que no tiene miedo a la desilusión que inevitablemente experimentará cuando tome conciencia de todas sus taras, podrá empezar a ser como Dios quiere que sea y captar por la fe la promesa que Dios le hace²”.

A veces nos decepciona nuestra vida comunitaria. Pero esto es absolutamente normal. La comunidad ideal no existe. Hay comunidades que buscan el Reino y esto se hace a tientas, balbuciendo, cayendo y volviéndose a levantar. Hay que ser misericordioso, paciente y cultivar un benévolo sentido del humor.

En la Asunción sentimos predilección por la vida fraterna en comunidad. Es un lugar de verdad y de progreso. Las exigencias son evidentes, pero recordamos lo que dice nuestra Regla de Vida: “Debemos superar sin cesar nuestras divisiones y limitaciones para reencontrarnos en la acogida y el perdón”. (Nº8)

² Dietrich BONHOEFFER, « De la vie communautaire » (“Vida en comunidad”), Éditions du Cerf/Labor et Fides ; 1983 ; pages 21-22.

Acabar con el clericalismo

¿Estamos amenazados por las trampas del clericalismo y sus múltiples tentaciones? Hemos de hacernos esta pregunta y mirarnos con lucidez nosotros mismos. Mi experiencia de más de 10 años al frente de la congregación, y el estudio de las numerosas solicitudes de profesión perpetua y de ordenación diaconal y presbiteral, me permiten decir sin ambages que el clericalismo existe en todas partes, incluso entre los más jóvenes.

La imagen que tenemos de nuestra propia vocación todavía está marcada en muchos casos por el deseo casi exclusivo de ser sacerdote. La llamada a la vida religiosa queda rebajada, incluso muy relativizada, en relación con el objetivo buscado, que es la ordenación. Como sacerdote yo también, gozo con la vivencia del sacramento del Orden. El ministerio no es una recompensa: es un servicio para el Reino. En muchos casos, la teología del ministerio que hemos asimilado no se apoya suficientemente en las Escrituras y sigue siendo muy pobre sin haber integrado bien los textos del magisterio oficial, especialmente los documentos del Concilio Vaticano II. Esto aparece constantemente en las solicitudes de algunos hermanos. “Quiero ser diácono porque los ministerios instituidos (todavía mal llamados *órdenes menores* por muchos) no me permiten desarrollar mi llamada”. Una vez diácono, la misma persona lamenta no poder confesar o presidir la Eucaristía... Ser sacerdote, esa es la ambición; pero sacerdote entendido como el hombre del antiguo sacerdocio, el hombre de lo sagrado y de la separación del común de los mortales. Todo eso está en el origen de un clericalismo funesto. Hay que desterrar de nuestro vocabulario todo lo que es del orden sacerdotal para volver a la idea evangélica del servicio al Reino. La Asunción está bien equipada para ello gracias a su mística del Reino y de la misión universal. La vida religiosa no es de naturaleza jerárquica, es la “memoria evangélica de la Iglesia” y, como tal, da testimonio

de fraternidad, de comunión y de unidad. Estamos estructurados como pueblo y el único sacerdote es Jesucristo, el Hijo de Dios. Todos los demás son ministros de la gracia que el Hijo comparte. Existimos para dar testimonio. Me gusta recordar, para hacerme entender mejor, lo que escribió Paul Ricoeur: *‘La autoridad original de la Escritura y de la Iglesia no es otra que la del testimonio. El testigo no obliga a nadie’*. Ricoeur reacciona así contra la *‘violencia clerical que pervierte la autoridad no coercitiva de la palabra’*. Es bueno recordar esta llamada a ser misionero, testigo de la Palabra, servidor de las Bienaventuranzas. La fe es una invitación a la libertad. Nosotros somos servidores de esta libertad y trabajamos en pro de todas las liberaciones para el Reino de Dios.

El clericalismo ha sido el caldo de cultivo en el que se han desarrollado los abusos espirituales y sexuales. Tenemos un deber especial de vigilancia. Nuestra vida en comunidad nos impulsa a estar atentos a la vida de nuestros hermanos. Nuestra vocación nos pide que seamos solidarios con los más pequeños, los más débiles, los que están amenazados por su vulnerabilidad personal. Me gusta decir que la vida religiosa se basa en la confianza mutua. Somos solidarios en el crecimiento de unos y de otros. La vigilancia no es el control enfermizo, sino que es apoyo para superar las etapas difíciles de la existencia. Cuando surgen dudas, miedos y preguntas, tenemos la suerte de vivir con hermanos solidarios.

Dios, nuestra fuerza y nuestra vida

La vida religiosa nos propone una aventura que colma el corazón del hombre. Por ello, las actitudes preconizadas por Manuel d'Alzon siguen siendo el mejor medio para alcanzar esta felicidad. Disponibilidad, generosidad, audacia, sentido de la

unidad y del perdón, búsqueda del bien común, etc. La Asunción es nuestra familia. Estamos llamados a florecer en ella, a crecer y a dar fruto para el Evangelio.

El don de la fidelidad y la alegría de la perseverancia

El dicasterio vaticano para la vida religiosa (CIVCSVA) ha publicado recientemente un texto con ese mismo título. Sabemos bien que el don de la fidelidad es precioso, y en el curso de nuestra formación todos hemos conocido la experiencia de hermanos que abandonan, hermanos a los que queríamos y valorábamos. En algunos casos pensábamos que ellos tenían una fe fuerte y una vocación sólida, incluso más sólida que la nuestra. ¿Por qué marcharse? ¿De dónde ese malestar que les lleva a abandonar sus votos? No hay respuestas sencillas. Cabe un amplio abanico de motivos y encontramos gran diversidad en las causas que se aducen: pérdida de la fe, malestar con la autoridad, falta de un “alma gemela” en su vida afectiva, miedo al futuro, difícil vivencia de los votos de religión...

Cada partida debe ser, para que los que se quedan, ocasión de profundizar en el vínculo que los une a Cristo. Elegir la vida religiosa no es la elección de un estilo de vida, de una ideología o de una visión del mundo, es sobre todo la elección de seguir a una persona cuya llamada hemos escuchado: Jesús. El Señor es nuestro compañero de vida y es Él quien nos da la alegría de servir. Profundizar en esta relación personal con Cristo es el objetivo prioritario de la formación y de la vida de todo religioso. Recibiremos la alegría en la medida en que vivamos en la perseverancia. La perseverancia es al mismo tiempo fruto de la gracia de Dios, que nos da la fuerza de avanzar día tras día, y fruto de una conversión al amor evangélico. Dios es el fiel, y el que nos da la gracia para serlo también nosotros.

Pasión por la inteligencia de la fe

El asuncionista debe ser capaz de “dar razón de su esperanza” (1 P 3,15). Esto requiere una buena formación intelectual que confiera a cada uno la capacidad de situarse en el mundo y de contribuir al debate con todos aquéllos que buscan un sentido para su vida. La formación académica, unida a la formación espiritual y a la formación apostólica, es necesaria, incluso indispensable. Cuando, en mi informe para el 33º Capítulo General, hablé de la “idolatría de los diplomas” como de una amenaza para la Asunción, no se me entendió. Sin embargo, mantengo lo que dije. El amor incondicional a los diplomas no es sano. No corresponde a lo que pedía Manuel d'Alzon cuando decía que en la Asunción había que estudiar siempre. El idólatra confunde el fin con los medios. El fin es el advenimiento del Reino; los medios se encuentran, en parte, en una buena formación académica, incluida la obtención de diplomas que reconozcan el valor del trabajo realizado. Pero a veces hay diplomas que no se ponen al servicio de la extensión del Reino, y eso es un pecado.

Lo más importante es tener una buena formación profundizando en la teología, la filosofía, el conjunto de las disciplinas religiosas. La Asunción necesita exégetas, dogmáticos, patrólogos, filósofos, moralistas, etc. Os invito a que cada uno se deje interpelar por los responsables y los formadores, y esté disponible para estudiar las disciplinas que son prioritarias en nuestra misión apostólica. Esto se madurará en un diálogo, pero sobre todo en la apertura al Espíritu que nos impulsa a ir cada vez más lejos en la obediencia.

Aventureros de Dios

La vida religiosa nos da una oportunidad extraordinaria, la de buscar a Dios en comunidad. Ahora el mundo está explorado en

todos los continentes; ya no existen regiones desconocidas. La ciencia y sus extraordinarios descubrimientos han cambiado nuestra visión del mundo. El mundo está ahora “desencantado”, a pesar de lo cual sigue siendo un misterio para muchos. La vida religiosa es una aventura posible también en estos tiempos agitados y complejos, una de las raras aventuras en las que uno puede comprometerse en cuerpo y alma. Dios sigue llamando a hombres y mujeres a seguirle; y Él está ahí, muy cerca, para ayudarnos a avanzar en el camino del Reino. El mundo se ha secularizado pero, para quien está dispuesto a hacerse preguntas existenciales, el misterio permanece. ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi destino? ¿Adónde vamos?

La Asunción no tiene la pretensión de dar respuesta a todas estas cuestiones. Pero sí tiene una ambición: la de hacer posible que los hombres de este tiempo vivan como hermanos y busquen juntos la manera de construir una civilización basada en el amor, la paz, la justicia y el derecho. El joven religioso es para la congregación un signo de renovación y esperanza. Llega con la alegría y el fervor de la juventud para incorporarse a las filas de los mayores que trabajan fielmente en la mies del Señor.

Ser buscador de Dios es tener una actitud humilde y abierta. Estamos en camino y sabemos que no tenemos una verdad ya del todo acabada. Esta verdad tiene un nombre propio: Jesús. Se nos desvela en las Escrituras, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, pero también en el compartir entre hermanos. Somos buscadores del Reino de Dios. Jesús vino a inaugurarlos, pero sabemos que sólo podremos poseerlo en plenitud una vez que hayamos entrado en la vida eterna. Nuestro recorrido en la tierra es ese itinerario que nos permite pasar de las realidades efímeras y terrenales a las que son eternas y celestes. Todo lo que tiene sabor a eternidad contribuye al advenimiento del Reino. Sólo el amor nos capacita para alcanzar la plenitud de la vida.

Una Iglesia en diálogo con el mundo

El filósofo alemán Hans Joas lleva años trabajando sobre la secularización. Sus reflexiones atenúan las declaraciones, a menudo perentorias, sobre el aspecto inexorable de su progresión en el mundo. Para él, el mundo está experimentando un cambio de época, pero cuestiona la opinión de que la teoría de la secularización conlleva sistemáticamente la desaparición de la religión en las sociedades. La modernidad del mundo no significa que el progreso radique en el final de la religión. La fe es una opción, como dice el título de su último libro³. El autor distingue cuatro retos para el cristianismo: desarrollar una ética universalista del amor capaz de responder a las distintas formas de individualismo; defender a la persona contra el retorno de una visión científica y naturalista del ser humano; mantener una espiritualidad fuerte con una dimensión comunitaria donde la Iglesia sea “una comunidad que hace posible la individualidad”; recordar la idea de trascendencia contra todos los fenómenos de auto-sacralización totalitaria. Después de leer a este filósofo creo que nosotros, congregación abierta al mundo, podemos responder a algunos de los retos que él señala.

Para ello, hay que volver a la enseñanza de Pablo VI en la Encíclica *Ecclesiam suam*: “La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio⁴”.

³ Hans JOAS, “La foi comme option” (‘La fe como opción’), Salvator, 2021.

⁴ Pablo VI, *Ecclesiam suam*, n° 34, 6 de agosto de 1964.

Herederos de San Agustín y de Manuel d'Alzon

El mismo espíritu que llevó a Manuel d'Alzon a fundar la Asunción es el que hoy trae a algunos jóvenes a nuestra familia religiosa. ¿Percibimos nosotros esta fuerza que nos anima también como animaba a nuestro querido fundador? El Espíritu Santo actúa en nuestros corazones y nos impulsa a emprender más de lo que nos atreveríamos a hacer sin él. Es importante conocer mejor nuestras fuentes y beber en ellas regularmente. El joven asuncionista tiene la vocación de sentir pasión por sus guías espirituales que son Agustín y d'Alzon. Me gustaría ver más pasión “amorosa” por nuestro fundador y por nuestro patriarca. El conocimiento de nuestras fuentes es, en muchos casos, demasiado cosmético, demasiado frágil. El carisma de la Asunción estará vivo en la medida en que lo pongamos en práctica en nuestra vida apostólica y en nuestra vida interior.

La esperanza, en el centro de nuestra vida

Como bien sabéis, me gusta repetir a tiempo y a destiempo que la Asunción no ha dicho su última palabra. Estoy profundamente convencido de que nuestra pequeña familia religiosa tiene total relevancia en el mundo y en la Iglesia. “La comunidad asuncionista existe para el advenimiento del Reino” (Regla de Vida nº 4). Mientras el Reino no se haga más plenamente manifiesto, quedará trabajo para hombres audaces, generosos y desinteresados. En la Asunción hay una mística de la misión, y os animo a todos a profundizar en esta pasión por el Reino. ¿Qué hemos de hacer, qué hemos de vivir? Volvamos siempre al Evangelio y escuchemos lo que nos dice el Señor: “Buscad más bien su Reino, (...). No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino”. (Lc 12:31-32)

Queridos hermanos, estoy concluyendo la redacción de esta carta ya en el tiempo pascual, tiempo en el que celebramos la luz de la Resurrección y a quien nos da la vida en plenitud. Es también el tiempo en que esperamos la venida del Espíritu Santo. El Espíritu está presente en nuestras vidas para hacernos descubrir las riquezas del Reino y la plenitud del amor a Dios y al prójimo. La Asunción da gracias a Dios por los jóvenes que vienen a engrosar sus filas para trabajar en el anuncio de la Buena Noticia.

Roma, 25 de abril de 2021
Domingo del Buen Pastor
Jornada de oración por las vocaciones

Padre Benoît GRIÈRE a.a.
Superior General

INDICE

Prestar atención a nuestro tiempo.....	6
La incertidumbre del mañana.....	6
El triunfo de la secularización.....	7
Abandonar el sueño de una comunidad perfecta	8
Acabar con el clericalismo.....	10
Dios, nuestra fuerza y nuestra vida.....	11
El don de la fidelidad y la alegría de la perseverancia	12
Pasión por la inteligencia de la fe.....	13
Aventureros de Dios	13
Una Iglesia en diálogo con el mundo.....	15
Herederos de San Agustín y de Manuel d'Alzon.....	16
La esperanza, en el centro de nuestra vida	16

Agustinos de la Asunción
Via San Pio V, 55
I - 00165 Roma
Tel.: +39 06 66013727 - Fax: +39 06 6630814
E-mail: Assunzione@mclink.it